

Mi primer y último caso como detective

Por aquella época, yo era un adolescente de 16 años de una familia acomodada del norte de Texas, con muchos amigos y un gran sueño: convertirme en el mejor detective de todos los tiempos.

Recuerdo con claridad un 20 de noviembre de 1995. Aquel día, llegué a casa muy contento, puesto que era mi cumpleaños y en clase todo el mundo se había acordado de él y me habían comprado el regalo que llevaba esperando desde hacía tiempo: Una libreta de detective, con una lupa y una pluma de tinta negra como el carbón. Bueno, como os decía, entré en casa, me quité los zapatos tarareando y entré en el salón llevándome una gran sorpresa. Mis padres habían dejado varios regalos al lado de la tele. Corrí hacia ellos y comencé a abrirlos rápidamente. El primero era un juego de mesa y el segundo un libro. Me quedé algo decepcionado, pero en ese momento, me percaté de que, bajo la mesa había un último regalo. Era algo pequeño, rectangular y con un envoltorio bastante llamativo. Lo abrí lo más deprisa que pude y allí estaba: ¡un crucero de 15 días por el Caribe! Subí las escaleras con mucho entusiasmo y les di un beso lleno de agradecimiento a mis padres. Aquel día, me acosté deseando que llegara la fecha señalada.

Poco a poco, se fueron sucediendo los días y, finalmente, llegó la fecha que tanto había estado esperando. Aquella noche, apenas pude pegar ojo. Me levanté a las 6 de la mañana, nos metimos en el coche y pusimos rumbo al aeropuerto de Houston. Al llegar y salir del coche, casi me caigo para atrás, pero mi padre consiguió sujetarme. Allí estaba, el edificio más grande que había visto en mi vida. Grandes cristaleras brillantes que relucían con el sol, infinidad de

mostradores y un espacio cuyo final la vista no alcanzaba a vislumbrar. Cuando me di cuenta, mis padres estaban a unos 200 metros de mí, así que corrí hasta alcanzarlos. Media hora después, estábamos embarcando en el avión. Nos acomodamos rápidamente y esperamos al despegue. Empecé a asustarme cuando aquel aparato comenzó a hacer un ruido tan intenso que los oídos me pitaban. Poco a poco, fuimos cogiendo velocidad, el avión vibraba más y más, yo estaba cada vez más asustado, me empezaron a sudar las manos y los pies y finalmente, me desmayé. Al despertar, ya habíamos llegado a Cuba. Cuando salimos del aeropuerto, se me calló el alma a los pies. Había niños corriendo descalzos por la calle, casas derruidas, mercados de fruta ambulantes, granjeros con sombreros de paja con mirada triste y derrotista, cargada de dolor que deambulaban de aquí para allá, sin rumbo fijo. Me costaba imaginar todo lo que podía haber sufrido esa gente. Sin intercambiar una sola palabra, cogimos un taxi, si es que aquello podía llamarse así y fuimos avanzando por las calles. El espectáculo se iba repitiendo una vez tras otra y yo, cada vez más desmoralizado, ya no sabía dónde mirar. De repente, ya cerca de la terminal de cruceros, el panorama cambió bruscamente. Ante mi vista aparecieron enormes mansiones con piscina, altas palmeras y verdes jardines. Se me hacía imposible comparar ambos lados de la moneda. ¿Cómo podía haber tanta miseria y a la vez tanta riqueza en un mismo lugar? La pregunta me rondó por la cabeza hasta que llegamos al puerto. Bajé del taxi, dimos las gracias al taxista y al alzar la vista me quedé abrumado: un coloso de 18 plantas de altura y tan largo como un campo de fútbol se alzaba imponente frente a mí. Nos dirigimos a la zona de embarque, rodeada de coches carísimos que no había visto nunca. Mientras subíamos por la pasarela, un hombre de 1,80, barba de dos días y un elegante

traje blanco resplandeciente con numerosas insignias entre las que destacaba una que rezaba: Capitán del Delizia Caribeño, nos saludó. En ese momento, yo me encontraba en un estado de euforia indescriptible. Mis padres y yo nos dirigimos a nuestro camarote, dejamos las maletas y subimos a la última planta que tenía una piscina inmensa rodeada de hamacas. Me asomé por la barandilla del barco mientras la brisa del mar me acariciaba suavemente la cara y, en ese momento, me imaginé como debieron de sentirse los pasajeros del Titanic antes de zarpar. Me invadió una sensación de temor de que el barco pudiera hundirse, pero se disipó rápidamente al recordar que en el Caribe no hay Icebergs. Poco a poco, fui descubriendo los distintos lugares del barco: sus amplios y muy decorados salones, elegantes comedores rebosantes de comida deliciosa y salas recreativas llenas de juegos. Los primeros días, navegamos por alta mar, disfrutando de los placeres del barco y la amabilidad de la tripulación.

El quinto día desembarcamos en Jamaica. Al bajar del barco, nos dirigimos a las playas paradisíacas de la isla. Aquello parecía otro mundo, alejado de cualquier tipo de sufrimiento y con todos los placeres imaginables. Arenas brillantes que resplandecían bajo la intensa y cálida luz del sol, aguas transparentes y calientes como en ningún otro lugar del mundo y miles, millones de huevos de tortuga muy pequeños. Pasamos un día estupendo tomando el sol, bañándonos en las impresionantes aguas caribeñas, comiendo frutas insólitas y disfrutando del magnífico atardecer. Cuando ya anochece, volvimos al barco y nos encontramos con una noticia como poco, impactante. Uno de los pasajeros, un tal Harry Mc Cleen había sido asesinado mientras descansaba en su camarote y el barco no zarparía de la isla hasta que llegaran las autoridades competentes para investigar lo sucedido, lo que podían ser tranquilamente dos o tres días.

Mientras que todo el mundo estaba muy asustado, yo vi lo sucedido como una ocasión única para demostrar mi valía como detective. Se me antojaba una tarea bastante complicada ya que había unos mil pasajeros en el barco. Me escabullí entre la gente y comencé mi investigación. En primer lugar, digamos que tomé prestado de la habitación del personal de seguridad del barco su insignia de identificación y su pistola, así como un listado de los pasajeros que habían bajado ese día del barco y todo el personal que tenía acceso a las suites, ya que el personaje que había “muerto” residía en la suite más cara del barco.

Al día siguiente, comencé mi interrogatorio haciéndome pasar por el personal de seguridad del barco, lo que me daba acceso a todas las zonas del crucero. Pregunté a los huéspedes de las habitaciones que se encontraban junto a la del asesinado, pero habían salido, como yo, a visitar la isla. Luego pregunté al personal de habitaciones, en concreto a un chico que no debía ser mucho mayor que yo y me dijo que el pasillo había estado bastante tranquilo durante la mañana, pero que, al mediodía, sobre las dos, mientras llevaba comida a diversas habitaciones, había oído una acalorada discusión entre cuatro hombres y finalmente un disparo. Al cabo de una media hora vio salir a tres de ellos. “Debían tener entre treinta y cuarenta años e iban trajeados. Después, doblaron la esquina y desaparecieron. Yo no le di importancia en ese momento, pero me atemoriza la idea de haberme cruzado con unos asesinos”-me dijo el chico. Más tarde, me introduje en la habitación de los hechos y analicé cuidadosamente la escena del crimen. El cadáver estaba tumbado boca arriba, con una mano en el pecho, y con otra intentando alcanzar un cuchillo. Determiné que la muerte se había producido por numerosas puñaladas en el torso y en los brazos; pero no encontré ninguna bala en el interior del cuerpo, ni en la habitación, lo que

indicaba que el chico con el que había hablado antes, me había mentado, pero, por qué. A su alrededor, la habitación había sido cuidadosamente ordenada, sin huellas; a excepción de un jarrón que se había hecho añicos posiblemente durante el forcejeo. Comprobé la caja fuerte que estaba vacía, pero en la que quedaba la marca de polvo de que allí había habido una tarjeta; quizá de un cheque o una cuenta bancaria.

Por la tarde, traté de localizar al chico que me había encontrado esa misma mañana, pero me fue imposible. Finalmente, ya algo desmoralizado, decidí preguntar a sus compañeros. Ellos me dijeron que John, así era como se llamaba, solía ir todas las noches que se desembarcaba en una isla a la cubierta donde estaban los almacenes del barco, por lo que me dirigí hacia allí. Escuché unos sonidos metálicos y pasos. Me escondí y observé cómo John hablaba con un hombre de unos 30 años que le entregaba un paquete. En ese momento, lo comprendí. Estaban traficando con droga. La obtenían en distintas escalas y la transportaban al que fuese su destino. Cuando John acabó y comenzó a subir hacia las plantas habitables, yo lo retuve amenazándolo con contarle todo a las autoridades si él no me decía lo que estaba pasando. Finalmente, se derrumbó y me contó que debido a la situación de extrema pobreza de su familia, vino a trabajar a este barco; pero no ganaba lo necesario para sacar a su familia de la pobreza, así que se metió en el tráfico de droga. Cuando ocurrió el asesinato, él se encontraba en plena actividad delictiva, así que tuvo que inventarse lo ocurrido para que nadie sospechara. Por último, me pidió que, por favor, no se lo contara a nadie. Yo sentía una gran pena por él, así que le dije que no lo haría si él conseguía información de lo que realmente ocurrió en aquella habitación. Le dije que nos reuniríamos a las 7 mañana siguiente para

hablar y que más le valía acudir a la cita con toda la información que pudiera conseguir sobre el caso.

Al acabar la conversación, me dirigí a mi habitación para descansar un rato antes de proseguir la investigación; pero de camino al camarote, mientras paseaba por el pasillo, escuché una conversación. Al principio solo palabras sueltas, pero conforme me fui acercando, empecé a entenderla. Descubrí que venía de una puerta cercana a mi suite y decidí acercarme todo lo que pude. Se oían voces; creo que de tres hombres.

- ¿Te has deshecho ya del cuchillo? - decía una voz

- Sí, lo he hecho. En estos momentos debe encontrarse a unos mil metros de profundidad. - respondía otro

-Y tú, ¿estás seguro de haber borrado todas las huellas y rastros de sangre?

-repetía la primera voz

- Tan seguro como que me llamo Peter Mc Cleen. – decía un tercero.

-Idiota, no digas tu nombre. Alguien podría haberte escuchado. -Decía de nuevo el primero mientras se acercaba a la puerta; y, de repente, la abrió. Pero allí no había nadie, ya que había visto su sombra unos instantes antes y me había encaramado rápidamente al techo. Cuando cerró la puerta, me desplomé en el suelo por el esfuerzo. Había provocado un gran estruendo, por lo que eché a correr, ya que sabía que no podía dejar que me identificaran.

No los veía, pero escuchaba sus pasos tras de mí. Corría lo más rápido que podía, pero mis perseguidores se iban acercando cada vez más y más; hasta

que, cuando lo creía todo perdido, al doblar una esquina, me percaté de que había una puerta ligeramente entreabierta. Sabía que aquella era mi única oportunidad, así que entré rápida y sigilosamente y la cerré. En el interior de la habitación, había un hombre de unos sesenta años y una mujer de unos treinta, algo ligeros de ropa. Por lo que estaban haciendo, intuí que eran amantes. Les apunté con la pistola y les dije que, si decían algo, un solo murmullo, eran hombre muerto. Ellos tomaron la inteligente decisión de permanecer en silencio, mientras se escuchaba como, al otro lado de la puerta, mis perseguidores pasaban de largo. Por fin, respiré aliviado. Esperé unos diez minutos para asegurarme de que no había nadie al otro lado y finalmente, abandoné la habitación.

Me dirigí a mi camarote para comprobar el nombre que había escuchado con los archivos del barco. Tras media hora, logré confirmar mis temores: Peter Mc Cleen era hermano del fallecido.

Invertí varios minutos en intentar formular una hipótesis, cada cual más descabellada. Los párpados empezaron a pesarme cada vez más, hasta que caí en un profundo sueño.

A la mañana siguiente, me desperté gritando, fruto de mis habituales pesadillas; en fin, gajes del oficio. Por la megafonía avisaron de que esa misma noche llegarían las autoridades y se nos permitiría abandonar la isla. La noticia me sentó como un jarro de agua fría, ya que cuando estas llegasen, mi investigación se daría por concluida de una forma u otra. No iba a dejar que unos incompetentes me arrancasen de las manos este caso, esta vez no. Me puse manos a la obra. Averigüé que la habitación en la que había escuchado la conversación la noche anterior, pertenecía a un hombre de 42

años, sin mujer ni hijos y con antecedentes por robo a mano armada y secuestro, que se llamaba Steve Harrison. A mí, me parecía el típico perfil de delincuente y concluí que podía ser uno de los hombres de la noche anterior. Comencé a investigar la posible relación y amigos que podían tener Peter y Steve en común. Navegando por la Infranet, la encontré. Ambos, junto al fallecido y un tal Leo Waterloo, habían formado parte de una banda que, en 1990, saqueó la Reserva Nacional de Oro Escocesa. Fueron detenidos y procesados en secreto por el delito, pero nadie encontró jamás el oro. De los veinte años de condena, cumplieron diecisiete por buen comportamiento. Nunca se supo cómo lo hicieron. Allí acababa el documento.

Tras el descubrimiento, pistola en mano, procedí a buscar y detener a los responsables del asesinato y lograr una confesión. Comencé por Steven que se encontraba durmiendo en su camarote. Fue relativamente fácil, ya que, al ver la pistola, no opuso resistencia alguna. Lo dejé esposado a una estantería y fui camino de la segunda detención de mi carrera como detective. No encontré a Peter en su habitación, pero indagando, descubrí que frecuentaba el spa junto a otro hombre que debía ser Leo.

Subí a la cubierta 15, camino del spa. Una vez allí en una pequeña piscina circular de burbujas se encontraban ambos. Me acerqué por detrás, les coloqué la pistola en la nuca y les indiqué que me siguieran. Ellos, obedientemente, fueron tras mis pasos. Subimos a la habitación donde había dejado a Steven y los dejé allí, esposados. En la habitación encontré una foto de los tres junto al fallecido en algún lugar paradisíaco, sin duda la prueba irrefutable de su relación. Me guardé la foto en el bolsillo y comencé mi interrogatorio. Me llevé a Leo a la habitación donde se había producido el

asesinato para que sintiera más presión. Escondí mi grabadora en un jarrón y comencé las preguntas.

- ¿Por qué lo mataste? -le pregunté yo.

(Silencio)

- ¿Qué había en la caja fuerte? - pregunté de nuevo.

(Más silencio)

- ¿Por qué vinisteis a este crucero? –volví a preguntar.

(Nada)

Continué así media hora más, hasta que me di por vencido. A continuación, dejé a Leo de nuevo en la otra habitación y traje a Peter; pero el resultado fue el mismo. Finalmente, traje a Steven para intentar sonsacarle algo.

- ¿Por qué lo mataste? - pregunté intentando buscar un punto débil.

(Silencio)

- ¿Qué había en la caja fuerte? - pregunté algo desalentado ya.

(Más silencio)

- ¿Por qué vinisteis a este crucero? –dije con tono de desesperación.

(Nada)

Desanimado y algo cansado, estaba a punto de rendirme, cuando se me ocurrió una idea; así que empecé a hablar.

- Mira, tus amiguitos me han dicho que fuiste tú quien lo mató –dije con picardía.

(Silencio)

-Yo no quiero creerlos-proseguí- pero si tú no dices nada, cuando la policía llegue, serás tú quien cargue con la culpa, así que más te vale empezar a hablar.

(Nada de nada)

De repente, me levanté, dispuesto a abandonar la habitación, pero cuando estaba a punto de abrir la puerta, rompió el silencio.

-Espera.

- ¿Y por qué debería hacerlo?

-Está bien, te lo contaré todo. Hace unos treinta años, conocí a Peter. Él y yo, nos hicimos muy amigos. Un día me presentó a sus amigos: Leo y Harry, que también era su hermano y me preguntó si quería ganar mucho dinero. Yo le respondí que sí. Desde entonces, los cuatro formamos una banda. Nos dedicábamos a pequeños robos en casas y en algunos casos a pequeñas sucursales de bancos; nada serio. Pero el 17 de noviembre de 1960, se nos presentó una gran oportunidad. Aquel día estábamos Peter, Leo y yo en el piso de Leo. De repente, sonó el timbre. Era Harry. Estaba muy nervioso. Nos pidió que nos sentáramos en el sofá y tras tomarse varios vasos del whisky más fuerte que había, nos lo contó todo: "Tíos, no sabéis lo que acaba de pasarme. Estaba realizando mis típicos hackeos informáticos, ya sabéis solo tarjetas de crédito o claves de cuentas; lo justo para ganar algo de dinero, cuando, por casualidad, he encontrado, en una cuenta de correo electrónico normal y corriente un mensaje en el que ponía TOP SECRET. He pensado que era una broma. Lo he abierto y en él estaban los planos de la Reserva

Nacional de Oro Escocesa. El correo era de un tal agente Harris. Lo he investigado y trabaja en la CIA. Si vamos a hacerlo, deberíamos darnos prisa. Puede que cambien los planos en pocas semanas.” Recuerdo que aquella noche dejamos sin provisiones la licorería de la esquina. A la mañana siguiente, ya estábamos planeando el atraco. Y dos semanas después dimos el golpe. Nos llevamos más de 20 millones en lingotes de oro. Y poco después, los vendimos en el mercado negro. Al mes o así, la pasma tiro la puerta abajo y nos detuvo a todos. El caso se mantuvo en secreto, debido a una supuesta metedura de pata del MI-6 y de la CIA, ya que el MI-6 envió el plano de la reserva a la CIA para que les aconsejasen cómo mejorar la seguridad, ya que habían sufrido varios robos frustrados en el último año. Pero el agente encargado del caso, no interactuó con los procedimientos habituales de seguridad y Harry, que era un experto informático, lo hackeó y se hizo con los planos de seguridad.

- ¿Dónde escondisteis el dinero? - le pregunté.

Al principio, se resistía a contármelo, pero cuando le amenacé un par de veces, confesó.

-Sobornamos al alguacil del sheriff del condado para que guardase el dinero en el almacén de casos que ya habían sido archivados para que nadie lo encontrara. Cuando salimos del trullo, no hubo más que hacer una llamada y nos repartimos el dinero. Desde entonces, nos fuimos cada uno por nuestro lado a vivir la vida a nuestra manera. Pero, hace unos meses, Harry nos llamó y nos dijo que se había gastado su parte del dinero. Nos pidió que le diésemos más, puesto que él había sido quien había encontrado los planos y sin él no lo hubiésemos logrado. Amenazó con contarle a la pasma que teníamos el

dinero si no le dábamos una parte. Acordamos reunirnos en este crucero para charlar y hablarlo, pero nuestra verdadera intención era matarlo. Así que, cuando el barco hizo escala en Jamaica, aprovechamos que estaba casi vacío para reunirnos en su habitación. Cuando Harry se disponía a sacarnos unos cuantos licores, su hermano Peter lo apuñaló por la espalda varias veces. Cayó al suelo inerte. A partir de allí, limpiamos las huellas, nos deshicimos del cuchillo y aprovechamos para llevarnos el número de cuenta bancaria que había en su caja fuerte para comprobar si, como él decía, no tenía dinero. Nuestro plan era pasar desapercibidos y abandonar el barco en cuanto llegase a tierra. Pero tú has frustrado nuestros planes.

Después de aquella conversación, por fin y tras varios largos días de tensión, pude comprobar cómo todo mi esfuerzo había dado sus frutos.

Llevé a los tres delincuentes a la habitación donde se había producido el asesinato y los dejé allí, encadenados, junto a la grabadora de la confesión (a la que había suprimido la parte de la CIA y el MI-6, ya que sabía que podía traerme problemas en un futuro cercano), una copia de la foto de la banda al completo y, como no, mi firma con una tarjeta de visita por si alguien quería contratar mis servicios en el futuro. Mi intención era que, cuando la policía llegase, los encontrase ya allí.

Durante los días posteriores, la noticia no tardó en extenderse rápidamente por el barco y por todo el mundo. Todos querían una foto o un autógrafo. Intentaba disfrutar del momento, pero mi instinto de detective me decía que aún no encajaban todas las piezas del puzzle. Así fue como, al noveno día de crucero, mientras observaba la foto de la banda al completo, me percaté. Si los cuatro estaban posando, ¿quién había hecho la foto? ¿Y si había un

quinto miembro, el verdadero cabecilla que se escondía entre las sombras, alguien que no había sido relacionado con la banda? Claro que podía ser un fotógrafo o un amigo, pero con lo meticulosos que eran, dudo que quisieran que personas desconocidas les viesen juntos. Pero entonces, ¿quién podía ser el quinto miembro? ¿y por qué Steven no me había hablado de él? Quizá era alguien muy poderoso, alguien del que Steven temiese represalias si decía algo sobre él. Cogí mi ordenador y empecé a buscar fotos o artículos en los que apareciese alguno de los componentes de la banda con el quinto hombre. Finalmente, tras un día entero revisando cámaras de todo el mundo, descubrí cómo en una pequeña plaza de Venecia, en Italia, durante los famosos carnavales, grabado por la cámara de un café, entre máscaras y disfraces, Peter recogía un mensaje de la pata de una paloma. Retrocedí las imágenes media hora para ver si podía averiguar quién había dejado el mensaje, hasta que observé cómo un tipo alto, fuerte y con un traje caro bajaba de una limusina y depositaba la misma paloma que aparecía media hora después en la plaza. Amplié la imagen para ver la matrícula de la limusina, era de una empresa de alquiler de limusinas. Comprobando el número de serie, había sido alquilada por una empresa tapadera de la CIA. Poco a poco, fui descubriendo el resto de la historia. Alguien, un jefe de la CIA, había dejado “accidentalmente” al descubierto los planos, para sus amigos (la banda que había contratado para realizar el trabajito del banco). Él lo organizó todo y se llevó la mitad del dinero del robo. Por aquel momento, yo era joven y tenía miedo, así que no conté nada a nadie de lo que había averiguado. Poco a poco y cuidadosamente, fui desenmascarando al quinto personaje...

Y así fue como yo, Hércules Poirot, el mejor detective de todos los tiempos comencé mi carrera como detective.

Y ahora, ante la Televisión Nacional de Estados Unidos y ante todos vosotros, voy a desvelar su nombre. Señoras y señores, niños y niñas, el hombre misterioso es ni más ni menos que el ministro de defensa de los Estados Unidos, Henry Mattis. Y ahora voy a revelarles cómo lo descubrí...

Conforme prosperaba como detective e iba resolviendo casos, fui consiguiendo diversos contactos que utilizaba para indagar más y más en esta investigación que me ha apasionado desde mi juventud. Finalmente, conseguí que un ex agente de la CIA, amigo mío que me debía un favor, preguntando a sus ex compañeros, me diera el nombre de correo que Harry había "hackeado" hace ya cincuenta años, pertenecía a un agente llamado en clave Jo Manitas. En el pasado fue un espía que fue ascendiendo poco a poco hasta dirigir un pequeño equipo encargado del caso del plano de la Reserva Nacional de Oro Escocesa. Él, simplemente, vio allí su ocasión de poder ver recompensado todo el esfuerzo de su carrera, así que se lo comentó a una banda que había conocido como espía y que había estado observando durante un tiempo. Cuando consiguió el oro, lo utilizó para sobornar a funcionarios y mandatarios, rodearse de gente poderosa y ascender hasta donde ha llegado hoy en día.

Pero no os preocupéis, porque el FBI lo está deteniendo en estos momentos.

Espero que hayáis disfrutado escuchando el caso más importante de mi carrera como detective y quizá mi último, ya que he decidido retirarme, tras

resolverlo; y que hayáis aprendido que todos tenemos una doble cara, una parte buena y una mala, un Sol y una Luna.